

La Historia bajo la lupa

Emilia Cibotti

Universidad Nacional de Buenos Aires

Centro de Estudios Argentino- Canadiense (sede Buenos Aires)

Presentación

La Historia nació polémica pero, como oficio –milenario– cultivado desde Tucídides hasta Ranke, jamás debió sortear los desafíos que le planteó la emergencia de la sociedad de masas en pleno siglo XX. La historiografía argentina tampoco quedó ajena a ese último clivaje temporal. En su repertorio libresco figuró la llamada vulgata histórica de cuño positivista, que siguió los pasos de la elaborada por la tradición académica europea decimonónica. Pero allá como acá, después de la primera guerra mundial, los públicos lectores de aquellos relatos, mutaron de forma, al igual que la sociedad toda. La aparición de las masas, o en palabras de Eric Hobsbawm,¹ el ingreso de la gente corriente a la historia, constituye un acontecimiento que aunque no tiene fecha fija, es igual una bisagra. A partir de entonces, a la Historia le importó explicar las acciones de cientos, de miles de personas, millones que padecen las guerras y/o hacen revoluciones, producen y consumen de manera masiva. Es por ello que, para comprender qué dimensión social ocupa la Historia hoy, y más específicamente, cuál es el sentido que tiene la divulgación en la Argentina, no podemos sobrepasar aquel horizonte temporal.

La década de 1930, es un buen punto de partida para este análisis pues es el momento en el que hace su aparición libresca una corriente historiográfica: el revisionismo, sin lugar a dudas muy popular a partir de la década del 60. Como veremos más adelante, el fenómeno editorial que multiplicó las ventas de títulos e impulsó la divulgación, se remonta a aquellos años.

Sin embargo, para presentar nuestro estudio debemos partir primero de lo que sucede con dicho género, pues está en boca de todos y ha multiplicado las ventas de algunos títulos en el mercado editorial. Abordaremos esas recientes propuestas a partir del análisis de los temas y supuestos que la animan y del alcance y límites que plantean. Y, en segundo término, expondremos las posibles formas de asociarlo con la práctica académica y nuestra propia visión de las potencialidades que ofrece su ejercicio.

La demolición del pasado o el eterno presente

El aumento de ventas de los libros de divulgación histórica ha generado un debate en pleno curso. Por cierto no es un fenómeno nuevo y tampoco reciente, sin embargo, así es visto por la mayor parte de los periodistas que se afanan en indagar lo que ellos consideran que es una novedad y por lo tanto una noticia. En las notas de opinión de los diarios y revistas, de los últimos dos años, una pregunta se reitera: ¿el interés por la historia es genuino, o es mero producto del marketing? A

esta cuestión se le sob reimprime otra que tiene que ver con los contenidos y procedimientos usados para comunicarlos. Conviene empezar por esto ya que está en línea directa con el *boom* mediático que tiene el fenómeno. Veamos.

Los escritores de estos libros de venta masiva parten todos de un mismo postulado: la historia se repite, aseveran, y la razón o sinrazón del presente se encuentra en el pasado, sobre todo el lejano. Recurren con frecuencia al anacronismo, y no lo consideran ni una mala práctica de la narración histórica, ni un desatino cognitivo; por el contrario, la anulación del tiempo es lo que les permite abonar la concepción de lo permanente y por eso repetitivo. En este sentido, no deja de ser interesante remarcar que aún aquellos que hacen gala de ejercitar el oficio de historiador, recurren profusamente a subtítulos o a frases como las que siguen: “un testigo de aquellos años premonitorios”,² o a otras que pretenden no decir lo que realmente dicen, un ejemplo notable es el siguiente: “la realidad es que la historia nunca se repite y uno podría decir sin temor a equivocarse que más bien continúa ... “Las causas de nuestros males reincidentes”.³ Una más, “no inventaron nada los golpistas de 1976”,⁴ para introducir la narración del fusilamiento de Dorrego en 1828.

Antes de indagar por qué triunfa esta concepción inmovilista del pasado, que en lugar de comprenderlo se propone demolerlo, cabe detenerse una vez más en su propio enunciado. ¿Acaso los/las historiadores/as, investigadores y docentes, podemos pasar por alto la encerrona moral a la que conduce una frase aparentemente inofensiva como “la historia se repite”. Simplemente sostengo que no, no podemos. En efecto, desde el punto de vista estrictamente valorativo, cómo podríamos seguir juzgando una terrible acción si ésta no es más que una repetición de otra muy anterior en el tiempo. Cómo sostener la imputabilidad de los responsables si éstos aparecen como el último eslabón de una larga cadena. Un ejemplo reciente sirve para poner en blanco sobre negro hasta dónde puede llegar este uso anacrónico del pasado. Mariano Moreno ha sido recientemente presentado como “el primer desaparecido” de la historia argentina. El autor de esta frase,⁵ sigue insistiendo en ella y la prueba que ofrece, es la sepultura en alta mar del secretario de la Junta, muerto por envenenamiento según él mismo asegura. Como quedó demostrado, en los juicios a las juntas militares concluidos en 1985, fue la dictadura militar que gobernó desde 1976 hasta 1983, la que inventó la figura del *desaparecido* para ocultar las acciones de secuestro, tortura y asesinato de ciudadanos. Los casos probados confirman que las víctimas arrojadas al Río de la Plata habían sufrido todo tipo de vejaciones. Por lo tanto, resulta totalmente impropio, utilizar ese perverso eufemismo para describir los últimos momentos del prócer muerto en los brazos de su hermano que lo velaba junto con su amigo. Moreno fue sepultado en alta mar, después de una honorable ceremonia, hecho que junto con la mención del emético recibido de manos del capitán del barco, también registró su hermano en sus memorias, escritas apenas arribó a Londres, ciudad en la que permaneció por largos años y en sucesivos períodos, dada la afinidad que sentía con el sistema político y comercial inglés.⁶

Otra cuestión para la que también se postula un origen muy atrás en el tiempo es la de la corrupción. Buenos Aires, se dice, nació ligada al contrabando y por lo tanto, el principio de la corrupción se halla según algunos, en el siglo XVII y según otros aparece ejemplificado en la huida del Virrey Sobremonte en 1806.⁷ Asombra este tipo de afirmaciones, que solo sirven para soslayar

el hecho de que la corrupción que nos aflige, no tiene que ver con la del Antiguo Régimen monárquico y absolutista. En los siglos anteriores a la Independencia, configurados por sociedades coloniales fundadas en el privilegio de castas, la corrupción era estructural, sistémica y sistemática. Lo que importa develar es cuándo aparecen los mecanismos que generan corrupción en el orden republicano, habitado por ciudadanos y no por súbditos. Esta realidad no es ciertamente anterior a la consolidación del Estado nacional, por lo tanto remontar el problema a la época de Pedro de Mendoza, Cevallos o Sobremonte, es por lo menos un nuevo anacronismo que genera anestesia. En efecto, ¿para qué implicarnos con algo que se reitera desde hace más de 250 años? Otra sería la respuesta si visualizáramos que este problema es harto más reciente en el tiempo.

Si el pasado es demolido y la Historia se vacía de sentido, la ilusión de inimputabilidad cobra vuelo. Al anclar los problemas actuales en un pasado remoto se experimenta la ilusión de no ser responsables de lo que pasa. Para confirmar esta idea habría que hacer una encuesta de opinión, mientras tanto, a falta de este estudio, ofrezco la observación desencantada que escuché de una telespectadora del programa de historia “Algo habrán hecho” de Mario Pergolini y Felipe Pigna que se emitió en canal 13 de Buenos Aires, con un altísimo nivel de audiencia. Esta joven, madre de tres hijos y con estudios secundarios completos expresó de una manera particular su desaliento: “...y bueno no nos hagamos más problemas, esto no cambia más.” Si la Historia aspira a comprender ¿por qué entonces se la divulga para justificar? Esta pregunta nos lleva a otra de las formas de anacronismo en boga: la crónica fatalista.

En efecto, otros autores⁸ se apoyan en una supuesta esencia que proyectan al pasado, los argentinos “siempre”, los argentinos “nunca”. Según esta visión somos el producto de un determinado ADN, afirmación que además de implicancias filosóficas y políticas, por cierto nada nuevas, que se remontan a la ideología esencialista que nutrió al racismo biológico de fines del XIX, no explican nada. Solo sirven para justificar determinadas relaciones de poder que se presentan como rasgos naturales de la sociedad, como por ejemplo, el culto de la llamada “viveza criolla”. Así los clivajes de clase y los conflictos sociales con sus correlatos jurídicos, tan propios del desarrollo de las sociedades capitalistas del siglo XIX quedan reducidos a un supuesto rasgo del carácter nacional.

En definitiva, las ofertas editoriales arriba reseñadas adhieren a una visión profundamente conservadora del presente, ¿en qué sentido? Postulan la imposibilidad de transformar la realidad. Bajo la idea de la permanencia se idealiza o demoniza, más lo segundo que lo primero, el pasado nacional.

Ahora bien, ¿este interés por la historia es genuino, o es mero producto del marketing? Es curiosa esta pregunta recurrente entre los periodistas que se interesan por este fenómeno, ellos presuponen la existencia de una novedad. Sin embargo, cualquier profesor/a de Historia conoce el impacto público y de ventas que tuvo el libro de Félix Luna, *Soy Roca*, al iniciarse la década del 90. Hubo otros ensayos que fueron *best seller* como el que dedicara María Sáenz Quesada a Mariquita Sánchez de Thompson publicado también en esos años. Por lo tanto no hay tal novedad, entonces ¿en qué consiste la peculiaridad actual? ¿es el marketing?, ¿es la exposición mediática de los autores? Creo que se puede convenir que el marketing puede multiplicar las ventas de un autor o autora que ya es muy visible en los medios, o porque escribe habitualmente en la prensa o porque tiene participa-

ción en programas de radio y televisión de manera casi diaria y no esporádica. La frecuencia de exposición pública genera una diferencia cualitativa en el nivel de ventas. El primero que “descubrió” esa correlación fue Félix Luna, que tuvo durante años columnas periódicas en la prensa gráfica e intervenciones semanales en programas radiales.

Volvamos entonces a la pregunta inicial. ¿Por qué se percibe como nuevo, un fenómeno como el de la divulgación histórica, si sus raíces se hunden varias décadas atrás? La hipótesis que planteo busca una respuesta en los efectos de la crisis social-económica y política que se desató sobre el país en el año 2001. Ciertamente, el conflicto ya estaba presente y se había manifestado a borbotones desde hacia unos años, pero lo inédito han sido las consecuencias dramáticas que sí significan un antes y un después para el desarrollo social nacional. Los indicadores de pobreza, pauperización, analfabetismo, desocupación y violencia crecieron, al igual que la brecha entre ricos y pobres. Definitivamente esta Argentina ya no es la que conocieron y forjaron nuestros antepasados directos. Y esto es una terrible novedad.

Una sociedad que se percibe a la deriva busca atarse por lo menos a algunas certezas y cuando no las halla puede consolarse con la idea de que su frustración obedece a muy antiguas causas. Divulgar supuestas conspiraciones de figuras harto polémicas pero irreductibles a cualquier simplificación, como por ejemplo Rivadavia, (no se dice que murió muy pobre y en el exilio) o imaginar aviesas y deformadas visiones en los presidentes de la llamada organización nacional, como Mitre, Sarmiento y Avellaneda, no puede sino generar alto interés en un público que necesita encontrar culpables. Omitir explicar lo que significó la concentración de la tierra en manos de Rosas y su asociación con el comercio británico, pero sí denunciar solemnemente el pacto Roca-Runciman de 1933, son algunos de los atajos elegidos por estas formulaciones ávidas de encontrar muchos villanos que hagan palidecer los problemas de la actualidad. ¿Pero estos atajos no fueron transitados ya? Sí, todas estas “nuevas” expresiones de divulgación histórica reactualizan los tópicos del revisionismo de hace 60 o 40 años atrás. ¿Pero entonces, dónde está la novedad? En el tratamiento que ahora se le da. La corriente revisionista, “denunciaba” a los personajes de la historia liberal, para proponer un cambio, no solo de perspectiva historiográfica, sino de política real y por eso no rehuía el debate, casi entendido como combate militante. Los autores que se autodenominan “neo-revisionistas” no proponen nada de eso. Por el contrario se autodefinen como los “sabedores” de la “verdadera historia”, irrefutable, imbatible, sin polémica. ¿Por qué no toleran el debate? Porque conciben el pasado como el verdugo de un presente inerte hasta la estupidez. La primera expresión del revisionismo, propio de las décadas del '40 y siguientes, tenía una moraleja: “¡cuando el pueblo lo sepa, tronará la verdad y el castigo!” En la versión actual, la moraleja, cuando la hay, es harto más modesta, banal y por cierto conservadora: “si lo saben los que mandan, a lo mejor cambian ¿no?”.

Historia y divulgación de la historia

¿La Historia como disciplina científica se ve favorecida por la divulgación o más bien perjudicada? La pregunta aunque frecuente creo que no es pertinente. No sólo son campos muy diferentes, también son complementarios, si se realizan con rigor y seriedad. La divulgación es un ejercicio

intelectual, que como cualquier otro, puede desarrollarse bien o mal y opera sobre la percepción social del pasado. Esta es la principal diferencia que tiene con la ciencia histórica que interviene sobre la percepción historiográfica de la misma historia. Para decirlo en otros términos, el pasado es de todos y por eso es divulgable, la Historia es de los/las historiadores/as. La divulgación del conocimiento histórico está atravesada entonces por la complejidad que significa interpretar cómo recuerda, aprende y comprende cada sociedad su propio pasado pero no con la intención de convalidar esa visión sino también con la intención de cuestionarla. La intención de la divulgación no es por lo tanto dirimir interpretaciones en el campo académico, sino advertir cómo impactan sobre el sentido común (en ocasiones esto es a cuenta gotas) de la sociedad que tamiza todo a partir de las ideas que provienen de la educación general formal y no formal. En definitiva, la divulgación vive, produce y se ejerce, a la intemperie, esto es, instalada en el mercado cultural de bienes y servicios.

La pregunta que sí creo es pertinente, es ¿por qué la divulgación histórica ha ganado un lugar en los medios de comunicación masiva? ¿por qué se ha desarrollado con extraordinario vigor en las últimas décadas, no solo en el país, sino sobre todo en Europa y Norte América? Hasta los años '70, hacer divulgación significaba transitar las columnas de diarios y revistas. En la Argentina, los historiadores de la llamada Nueva Escuela, como por ejemplo, Ricardo Levene, la habían practicado asiduamente de esa manera a comienzos del siglo XX. En los años '50 llegaron las columnas de José Luis Romero, y un poco más tarde, con otra fractura, la revista *Todo es Historia* dirigida por Félix Luna. La cultura de la letra impresa estaba presente en cada una de esas intervenciones, el formato de la divulgación quedaba así indisolublemente unido al de la investigación. En los '60, cuando los revisionistas irrumpieron con mucha fuerza para ganar el favor de la opinión pública, había un enorme espacio cultivado para el ejercicio de la lectura. Por eso, cosecharon en suelo fértil.

Sin embargo, las cosas cambiaron a partir de los '70 de la mano de la revolución de los medios de comunicación de masas. La transformación se percibió primero en los países del Norte, pues comenzó a estudiarse la forma en que los medios, especialmente la televisión, reconfiguraban los acontecimientos, los “construían” mediáticamente como noticias. Quién mejor advirtió y estudió sus implicancias fue el semiólogo argentino Eliseo Verón,⁹ radicado entonces en Francia. Su análisis sobre el accidente ocurrido en una central nuclear de los Estados Unidos entre marzo y abril de 1979, y la manera en que los medios de comunicación lo transformaron en acontecimiento, se volcó en un libro que generó un gran impacto entre los historiadores franceses. A partir de ese momento, la revalorización de la historia política que como sabemos está signada por hechos, cobró vuelo y la “vuelta o retorno del acontecimiento”, expresión ya acuñada por Pierre Nora¹⁰ en 1974, se consagró en todos los textos. Esto devolvió al primer plano del desarrollo histórico a los sujetos individuales, a los personajes, a los próceres y después de décadas de impacto de los *Annales*; incluyó, además, a los simples y comunes mortales. Pues claro el regreso del acontecimiento no podía quedar asociado al positivismo decimonónico.

En este nuevo contexto, signado por el impacto de los medios de comunicación sobre la realidad social, y sobre su estudio y reflexión, recobró valor la biografía. Y así, la historiografía francesa, inglesa, mexicana, norteamericana, argentina, etcétera, recuperó, a partir de nuevas indagaciones, la

historia política nacional pero también avaló un nuevo campo de estudio y debate: la llamada Historia presente o Historia inmediata.

Los medios de comunicación ya no sólo se reducen a ser las fuentes del conocimiento del pasado, son también el soporte técnico de la difusión del mismo y parte inextricable del acontecimiento estudiado. En definitiva, ya nadie duda de la conversión de los *mass media* en objetos de análisis y por eso resulta imposible investigar el “affaire” Dreyffus, sin los diarios de masiva circulación, o analizar la sugestión comunicativa de Hitler o de Roosevelt sin la radio, o el triunfo presidencial de Kennedy o De Gaulle sin la televisión. En la Argentina, también es imposible comprender el golpe del ‘30 sin la intervención de *Crítica*, o el impacto del Cordobazo sin la televisión.

No es casual que mientras la Academia descubría en los años ‘70, el impacto de los *mass media* sobre la configuración de la realidad, reapareciera con nuevos bríos la divulgación histórica. ¿Por qué? Porque es el género más apto para el desarrollo de la narrativa histórico política. La escuela histórica francesa es una referencia obligada para analizar esta cuestión.

Sin lugar a dudas, los historiadores Jacques Le Goff y George Duby fueron quienes hicieron punta en los medios masivos, tanto en radio como en televisión. Jacques Le Goff, animó durante años una emisión radial de historia semanal llamada *Lundi, l’histoire* y Duby, tuvo a su cargo varias emisiones también radiales dedicadas a las peripecias vividas en plena Edad Media por el regente de Inglaterra, Guillermo el Mariscal, en otro programa titulado “Los desconocidos de la historia”,¹¹ Duby reconstruía a través de su relato, el trayecto de un destino personal. Pero claro, su objeto y propósito no era contar la vida de Guillermo, sino explicar los ideales de la caballería y el funcionamiento del sistema feudal. En palabras del autor, *l’Histoire-problème* estaba presente en cada emisión. Con mucho éxito de audiencia participó de una serie de televisión llamada “El Tiempo de las Catedrales” basada en su libro del mismo nombre. Según confiesa él mismo, uno de sus problemas era qué decirle al actor Gerard Depardieu cuándo inquiría sobre la manera en que Felipe Augusto, montaba su caballo, o amaba.

El anacronismo es siempre un peligro, y es una tentación... el recurso para generar efectos en audiencias ávidas de emociones fáciles. La Historia no releva hechos singulares sino relaciones, y por ello el *tempo* efímero e incierto de la divulgación puede inhibir la comprensión si no hay una firme estrategia de comunicación sostenida argumentalmente y continuada en el tiempo. Hablemos pues de cómo divulgar.

La divulgación, manual de uso

Como toda práctica, la divulgación científica, no sólo la histórica, tiene un manual de uso. El ABC de su ejercicio por cierto tiene claves. Eliseo Verón¹² ha realizado una conceptualización para definir las diversas relaciones que pueden producirse entre el enunciador y el destinatario de la comunicación científica. Veamos qué propone su taxonomía.

Por un lado, Verón habla de comunicación endógena intradisciplinar, es decir dentro de las mismas instituciones. En ese caso la relación que se establece entre el enunciador y el receptor es simétrica. Si la comunicación es interdisciplinar habrá complementariedad. Otro caso es cuando la

comunicación endógena es transc científica. Esto es el enunciador está dentro de una institución académica y se contacta con el gran público (aquí intervienen distintos soportes mediáticos, pero Verón menciona sólo el libro y la televisión, no la radio). Por otra parte, la comunicación científica puede ser exógena. Esto se produce fuera de las instituciones académicas, por ejemplo, el periodista que explica fenómenos científicos en la televisión o en cualquier otro soporte mediático.

La taxonomía de Verón ciertamente puede combinarse. De todos modos, no deja de ser interesante marcar que sus ejemplos no incluyen la cualidad de la continuidad en la comunicación. Particularmente, sostengo que sin la continuidad discursiva en una secuencia de sentido cronológico y a la vez temático, la explicación histórica no logra transmitirse al gran público.

¿Cuáles son los dispositivos discursivos en uso? Hay básicamente dos formas expositivas. La narración y la argumentación. La primera utiliza el relato para secuenciar los contenidos: una acción, un nudo, desenlace y conclusión. Usa, además, la emoción y la empatía propias del cuento. Creo que está demás remarcar que es la que mejor se adecua a la divulgación histórica. Sin embargo tiene un riesgo: por un lado, la tentación del anacronismo y de la naturalización de la situación relatada que se expresa habitualmente bajo la fórmula: “ayer igual que hoy, o ahora como antes”. Por otra parte, prevalece la anécdota sobre el desarrollo del proceso, la duración y la complejidad. Esto no está mal, si no se pierde de vista que lo que importa a la Historia no es el hecho en sí, sino la relación que nos revela. La argumentación, en cambio, es propia del modelo escolar, se buscan certezas, se parte de los hechos probados y se interrogan los nuevos. Se procede a través de un razonamiento, se sopesa el argumento y finalmente se concluye. Se exhiben las pruebas, hay demostración y una conclusión. ¿Qué Historia sería posible sin la aportación de pruebas? Ninguna, sin embargo, cualquier docente sabe que la tentación de decir algo no demostrado de manera terminante es siempre grande y desgraciadamente de uso muy frecuente hoy en los medios. Por cierto, no se trata de cancelar las distintas versiones que existen sobre un asunto particular, sino de usar en tal caso el lenguaje hipotético, y no dar por confirmado algo que no lo está. El riesgo mayor de ceñirse exclusivamente a la argumentación es tiranizar y enfriar la narración. Se pierde de vista el acontecimiento, el dato menudo. En fin la búsqueda de precisión no debería “secar” el relato.

Finalmente consideremos el público ¿para qué público se divulga historia? Según Verón, no hay una forma ideal de comunicar conocimiento científico simplemente porque no hay tampoco un único público. Estoy de acuerdo con esta aguda observación. El público argentino está, como la sociedad, totalmente fragmentado y segmentado. ¿A quiénes nos estamos dirigiendo?, ¿a quiénes estamos interpelando? Básicamente a personas que llegan a la divulgación porque es una modalidad de entretenimiento cultural. El contacto no es sencillo. Los divulgadores debemos esforzarnos por explicar, pero nuestros destinatarios, oyentes, lectores, audiencia, deben realizar el esfuerzo de comprender. Las coordenadas culturales son aquí un límite preciso, ¿estudios primarios, secundarios, terciarios y/o universitarios?, en fin, en cada caso un parte aguas, una fractura, y un islote de gente, es decir de público que puede quedar desconectado. Tampoco podemos renegar del entretenimiento, pues en los medios de comunicación es no sólo legítimo sino necesario. La divulgación queda atada a esta demanda.

La comunicación de conocimiento a través de la palabra oral u escrita, en radio, televisión y

prensa gráfica y el uso de la imagen audiovisual, requieren el dominio del lenguaje mediático que por cierto cuando está bien hecho, asocia el rigor con lo ameno. No está de más agregar que en otros ámbitos como los educativos, escuelas, institutos y universidades, la capacidad de entretener resulta mucho menos relevante. Entre otras razones porque en ellos el conocimiento no se comunica, sino que se elabora, se construye, se transmite. En los medios, las estrategias discursivas están dirigidas sobre todo a captar la atención de un público nunca cautivo, fluctuante. Dicho esto en términos sencillos: 3 minutos de historia en radio, o 50 minutos de televisión deben lograr mantener al oyente y al espectador absolutamente atento, aunque una clase de una hora y media no lo requiera. Pero, por cierto, el grado de profundidad y de complejidad con el que puede desarrollarse un contenido histórico en clase, no se logra en los medios de comunicación.

En definitiva, para divulgar bien hay que interiorizarse de las formas de la comunicación mediática, pues el público está totalmente configurado por éstas; estudiar hasta dominar esos lenguajes es fundamental, y con demasiada frecuencia se observa un neto prejuicio académico con respecto a la práctica y uso de estos dispositivos discursivos. Se cree, con gran ingenuidad, que la publicación de tesis basta y sobra para llevar la palabra académica al gran público. Definitivamente no alcanza, ni aquí ni en ningún lugar del mundo.

¿Qué hacen en otras geografías, para vincular a la Academia con los medios? En los centros de investigación y en las universidades del norte, México y Canadá, la divulgación ocupa un lugar tan destacado como la investigación y la docencia. No existe allá el falso debate que se ha instalado en la Argentina entre Historia y divulgación mediática. ¿Por qué?, sencillamente porque la divulgación se realiza de acuerdo a los estándares de rigor y calidad que toda comunicación científica requiere. ¿Y por qué? Porque el mundo académico se ocupó de formar buenos profesionales en esa materia. Por eso mismo, no pierdo las esperanzas de que algún día podamos discutir en nuestras universidades, qué modelo de transmisión y comunicación mediática del conocimiento histórico es posible desarrollar de cara a un público de masas, cada vez más segmentado, heterogéneo y hoy cada vez más empobrecido.

Notas

¹ Hobsbawm, E. (1995): *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.

² Pigna, F. (2005): *Los Mitos de la Historia Argentina II*, Planeta, Buenos Aires, p. 348 (3 edición).

³ *Ibid.* *Ibidem*, pp. 331-332.

⁴ *Ibid.* *Ibidem*, p. 153.

⁵ La frase es de Pigna, pertenece a *Los Mitos de la Historia Argentina I*, Norma, Buenos Aires, 2004, pero el autor la ha reiterado en numerosas ocasiones además de usarla en el ciclo televisivo “Algo habrán hecho”, emitido por Canal 13, noviembre de 2005.

⁶ Felipe Pigna en ningún momento menciona que la versión del envenenamiento también tuvo detractores entre los contemporáneos. Entre las Memorias compiladas en la Biblioteca de Mayo publicada en 1960, figura en el tomo I la de Igna-

cio Núñez, publicada en 1856, varios años después de su muerte, este contemporáneo de Moreno descrea de esta versión.

⁷ Me referí críticamente a esta versión actual sobre la supuesta corrupción de Sobremonte en mi libro, *Sin espejismos, versiones, rumores y controversias de la historia argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 2004.

⁸ Los libros más vendidos con esta perspectiva son los dos tomos de Lanata, J. (2002): *Argentinos*, tomo 1 y 2, Vergara, Buenos Aires, varias ediciones.

⁹ Verón, E. (1981): *Construir l'évenement, les médias et l'accident de Three Miles Island*, Minuit, Paris. [Trad. al español, (1983): *Construir el acontecimiento*, Gedisa, Barcelona]

¹⁰ Le Goff, J. y Nora, P., (comps), (1978): *Hacer la historia. Nuevos problemas*, vol 1 Laia Barcelona, (1 edic. en castellano), p. 221 y ss.

¹¹ Duby, G. (1991): *L'histoire continue*, Editions Odile Jacobs, Paris, p. 181 y ss. (hay traducción en castellano)

¹² Verón, E, *Entre la epistemología y la comunicación* en: www.ucm.es/info